

EL PENSAMIENTO VIVO DE JORGE LUIS BORGES

Aunque no es un habitué de las mesas redondas televisivas, a las que con tanto entusiasmo suelen adherir muchos de sus colegas, su nombre no está del todo olvidado por los medios masivos de comunicación. Al menos, así lo demuestran las esperanzadas versiones que todos los años, a mediados de octubre, ocupan las primeras planas de los principales periódicos locales: es que, inevitablemente, en esa época Jorge Luis Borges (73, divorciado) es protagonista de renovada popularidad al ser mencionado como firme candidato al Premio Nobel de Literatura; un galardón que desde hace casi diez años consecutivos se le va de las manos y que, no obstante, lo confirma como el más notorio escritor argentino a nivel internacional. Por cierto, estos esporádicos accesos a la notoriedad no son los únicos que convierten al autor de *El Aleph*, *Ficciones*, *El informe de Brodie*, *Inquisiciones* y más de una treintena de cuentos fantásticos, obras poéticas y ensayos, en motivo del comentario público: sus polémicas opiniones sobre diversos temas de la actualidad política nacional e internacional le han valido una imagen tan controvertida como la del más intrincado de sus personajes. En efecto, considerado por muchos como un reaccionario -Pablo Neruda llegó a calificarlo de "dinosaurio político"-, glorificado por otros y discutido por una inmensa mayoría, el anciano y casi ciego creador amenaza con perpetuarse como el mayor enigma de la literatura nacional. La semana pasada, dos redactores de *Siete Días* conversaron con Borges en una tradicional confitería porteña; ese diálogo, que fue registrado en cinta magnetofónica, se transcribe textualmente. —

—*Qué opinión le merece la situación política del país?*

Yo abandonaría la Argentina, pero mi madre está muy, muy enferma. Ella me ha acompañado toda la vida y ahora no puedo dejarla sola. Figúrese que ha cumplido 96 años.

—*¿Por qué razón se iría?*

—Aquí mi situación va a ser intolerable. De la Biblioteca Nacional, donde soy director, pueden echarme directamente o bien hacerlo a fuerza de humillaciones. Los peronistas pueden pedirme también la renuncia, pero yo no accederé; si ellos deciden hacer eso, que asuman la responsabilidad. De otra manera, yo les estaría haciendo un favor. ¡Y cómo les voy a hacer un favor a mis enemigos! Sería algo insensato.

—*Sin embargo, al permanecer en ese puesto oficial usted participaría, de alguna manera, del futuro gobierno justicialista. ¿No le parece una postura incongruente?*

—Sí, es incongruente. Es que todo esto es muy difícil. Pero, además, tengo que ganarme la vida de algún modo. Nadie puede vivir de lo que escribe: recuerden que al autor le corresponde tan sólo un diez por ciento sobre cada ejemplar vendido. Pocos días atrás hablé con Syria Poletti, que es la autora que en este momento más vende, y me confesó que ni ella podría subsistir con los derechos de autor.

—*¿Y qué le indica que el nuevo gobierno habrá de solicitarle la renuncia?*

—Yo preveo una época de persecuciones. Si me persiguieron antes, cuando era un desconocido, mucho más me perseguirán ahora, que tengo algún renombre.

—*¿Qué le hace pensar eso?*

—Ahora será mucho peor. Antes Perón no tenía nada que vengar. Cuando asumió el poder, en 1945, tuvo todo en sus manos como para realizar un excelente gobierno y no tenía por qué perseguir a nadie. Sin embargo, lo hizo. ¡Imagínese ahora, con 17 años de rencor!

—*Pero en esa época no se planteaba, como hoy, un programa de pacificación nacional...*

—*¿Pacificación nacional? La verdad, no se nota. Si usted oye las manifestaciones, se dará cuenta que no se trata de gente contenta. Se trata de gente muy enojada.*

En todo caso, ¿ese enojo no podría tener alguna justificación?

—No, para mí no tienen ninguna razón.

—*¿No exagera usted un poco? ¡Más de seis millones de equivocados!*

—La mayoría de esos muchachos no han conocido aquello. Son partidarios de todo lo que hizo Perón. Y bueno, vamos a ver: ¿de

que ha vivido Perón durante los últimos 17 años? ¿Dando lecciones de castellano? Creo que no. Aún suponiendo que haya vivido muy modestamente, ¿cómo se ha ganado la vida? Nadie lo sabe. O, mejor dicho, todos lo sabemos demasiado bien. Y todo lo demás, los robos, los crímenes y las persecuciones son hechos indudables.

—*¿A qué atribuye, entonces, el hecho de que más de seis millones de argentinos lo hayan votado?*

La mayoría de la gente es tonta. A mí me repugna la idea de que

una persona permita que le digan "¡Perón, Perón, qué grande sos!". Ese tipo o está loco o es un imbecil. Si a mí alguien me dijera: "¡Fulano de tal, qué grande sos!", yo le respondería: "Bueno, vea, amigo, cambiemos el tema..."

—*Sus críticas apuntan a la persona de Perón, pero nunca hacen hincapié en la doctrina justicialista.*

—Es que no existe ideología justicialista alguna.

—*¿Acaso no asoció usted alguna vez el peronismo con el fascismo?*



"El país está en decadencia desde la Ley Sáenz Peña: es absurdo que todo el mundo pueda votar e intervenir en el gobierno."

—Alguna similitud existe. Mire yo detesto a los comunistas, pero por lo menos tienen una teoría. Los peronistas, en cambio, son snobs.

—*Una indiscreción: ¿por quién votó en las elecciones del 11 de marzo?*

—Mire, yo tenía tan poco interés en votar... Y, cuando se lo comenté a mi madre, ella me dijo que tenía muchas ganas de sufragar, pero que su enfermedad se lo impedía. Entonces le pedí su boleta y —con la promesa de no abrir el sobre— deposité el voto en la urna.

—*¿Sabe entonces a quién votó?*

—Mí madre me dijo luego que a la Nueva Fuerza.

—*¿Le satisfizo esa elección?*

—Bueno, no me arrepiento, pero pienso que fue un voto perdido. Yo hubiera votado a los radicales, no por Balbín, sino para hacer fuerza contra el peronismo.

—*En otra época, sin embargo, usted mostró más afecto hacia el radicalismo. Por ejemplo, es sabido que en 1928 promovió un comité de apoyo al presidente Yrigoyen.*

—Es cierto, y creo que fue un gran error. Más que nada lo hice basándome en el hecho de que mi abuelo fue muy amigo de Leandro Alem. Fue un comité genealógico, como ustedes ven. Además, tenía una idea romántica de Yrigoyen.

—*De los gobiernos de la última década ¿cuál es el que más se aproximó a sus expectativas?*

—Ninguno: todos se dedicaron al turismo y a viajar rodeados de grandes séquitos. He tenido oportunidad de hablar con Illia, es verdad, y me pareció un caballero.

—*Pero los siete años de gobierno militar, ¿fueron constructivos?*

—Yo pienso que el país está en decadencia desde la Ley Sáenz Peña.

—*¿Cómo?*

—Claro, es absurdo que todo el mundo pueda votar e intervenir en el gobierno.

—*¿Qué tipo de Estado desearía?*

—Un Estado mínimo, que no se notara. Viví en Suiza cinco años y allí, por ejemplo, nadie sabe cómo se llama el presidente. Yo propondría que los políticos no fueran personajes públicos.

—*La abolición del Estado que usted propone tiene mucho que ver con el anarquismo.*

—Sí, exacto, con el anarquismo de Spencer, por ejemplo. Pero no sé si somos lo bastante civilizados para llegar a eso. Como les decía recién, no me gustan las personas que se promocionan a través de la política. Son despreciables.

—Piensa seriamente que tal Estado es factible?

Por supuesto. Eso sí, es cuestión de esperar doscientos o trescientos años.

—¿Y mientras tanto?

—Mientras tanto, jodernos.

SOBRE CORTÁZAR, INDIOS, NEGROS Y TUMBAS

—Con usted ocurre algo curioso: tanto sus defensores como sus detractores lo consideran uno de los mejores, si no el mejor escritor argentino.

—Bueno, pues ahí ya estamos en desacuerdo. Yo creo que hoy veinte escritores superiores a mí en el país.

—¿Por ejemplo?

—Si fuese a enumerar...

—No hace falta que cite a veinte, sólo algunos.

—Bloy Casares es muy superior a mí; Mujica Láinez es superior a mí; Mujica Láinez es supe-me aventaja...

—¿Cortázar?

—Lo he leído muy poco.

—Y lo poco que ha leído de él, ¿le gustó?

—Sí, yo fui el primero que publicó un texto de Cortázar en Buenos Aires. En realidad, muy bueno no era: se llamaba *Casa tomada*. Si hubiera sido del todo bueno, tendría que haber dejado cierta impresión de terror, de inquietud. En cambio uno lo leía y pensaba "Está bien". Y nada más. Pero mire: recuerdo que él me lo dejó y dijo que iba a volver a la semana siguiente. Yo le dije: "Vuelva en diez días y voy a comentarle si me gustó o no". Cuando Cortázar volvió, le comunicó que su obra ya estaba en imprenta. Pero eso fue hace muchísimos años. Después nos vimos en París y él me recordó ese episodio que yo había olvidado. Desde entonces no nos hemos visto.

—Muchos críticos han hecho notar la influencia de sus cuentos sobre los de Cortázar.

—Yo supongo que los de él serán mejores. Bueno, no seamos pesimistas.

—¿Y qué opina de Marechal?

—Marechal. ¡Ah, recuerdo que una vez él me dijo que yo no sabía hablar en francés. Yo lo contesté: "Si vous voulez, nous pouvons continuer à parler en français". Se quedó mudo: no sabía una sola palabra de francés.

—Sin embargo, Marechal vivió mucho tiempo en París...

—No, él vivió en Villa Crespo. Nunca estuvo en París. Y si estuvo, tanto peor, porque no aprendió nada.

—Y en cuanto a la literatura latinoamericana, de la que tanto se habla últimamente, ¿qué piensa?

—Yo no creo que América latina exista; pienso que es una especie de haraganería, de comodidad. La República Oriental del Uruguay desde luego, es parte de la República Argentina. Como dije alguna vez en Montevideo: Buenos Aires es un arrabal de Montevideo. Y fuera de eso, yo no sé hasta dónde tenemos algo en común con el resto de los países de América. Por lo pronto, éste es un país de clase media. Por ejemplo, Perú o Co-

lombia son países con una gran población indígena (que aquí no existe, porque aquí matamos a todos los indios) y una pequeña aristocracia blanca muy adinerada.

—¿Quién mató a los indios en la Argentina?

—Entre otros, mi abuelo.

—¿Y usted justifica el exterminio de los indios? ¿La forma en que procedió su abuelo, por ejemplo?

—Bueno, creo que nosotros hicimos bien en librarnos de los españoles. España era un país en

decadencia y las invasiones inglesas demostraron que podíamos gobernarlos solos; por lo tanto, la guerra de la independencia se justifica. Algo parecido sucedió con los indios. Asaltaban las estancias y había que defenderse. Miren, mi abuelo fue jefe de las tres fronteras: Norte y Oeste de Buenos Aires, y Sur de Santa Fe. Mi abuelo lo acompañó cuatro años y tuvo ocasión de conversar con Catriel, con Pincón, con muchos caciques: eran bárbaros. Muchos no sabían contar más allá del cuatro. La guerra contra los indios fue muy cruel de ambos lados. Pero los españoles primero, y los que conquistaron el desierto después, representaban la cultura.

—¿Y usted cree que los conquistadores trataron de transmitir a los indios esa cultura?

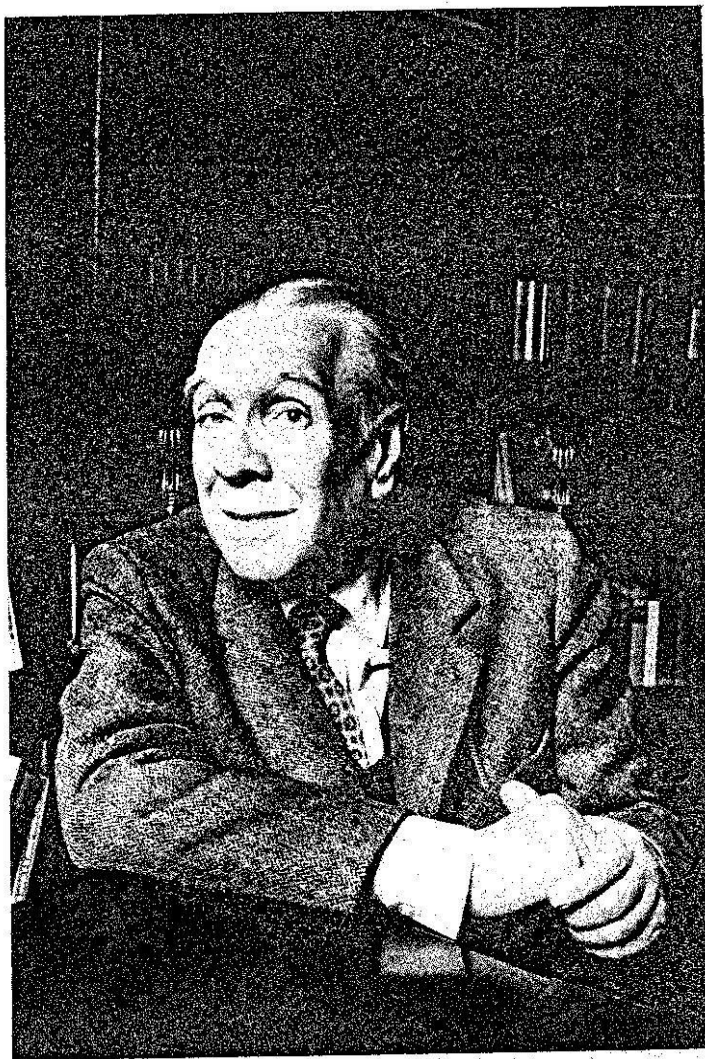
—No, puesto que ellos mismos tenían poca cultura. Pero de cualquier manera tenían más que los indios, que no tenían ninguna.

—¿Entonces usted plantea el problema en términos de cultura e incultura?

—Sí, creo que sí. Como dijo Sarmiento: civilización y barbarie; salvo que Sarmiento se equivocaba en suponer que la barbarie la asumían los gauchos. Porque no creo que los gauchos tuviesen ninguna idea; les daba lo mismo un bando que otro. Mi abuelo conoció un paisano de San Nicolás que se batió en Cepeda y en Pavón, una vez de parte de su provincia natal —Buenos Aires— y otra de Entre Ríos. Mi abuelo le dijo: "Pero, che, no te da vergüenza haber peleado contra tus paisanos". Resultó que el pobre hombre no sabía qué diferencia podía haber entre porteños y entrerrianos, no tenía la menor idea. Y esto se ve en el poema de Hernández. Martín Fierro se pasa a los enemigos, a los indios, pero él mismo no piensa que es un traidor, lo hace con toda inocencia y con toda ignorancia. Y yo creo que ha sido así. Por ejemplo, los gauchos de Güemes realizan una obra que admiramos, porque después de todo defendían la causa de la independencia. Sin embargo, creen que cada uno de esos gauchos diferían de los gauchos de Artigas o de Quiroga? Eran iguales, y la prueba está en que todos seguían a un caudillo; no seguían una idea, porque eran incapaces de hacerlo; eran muy, muy primitivos.

—Entonces, existiría una violencia permitida (por ejemplo, la que se empleó contra los indios) y otra condenable como la que le adjudica a sus enemigos.

—Si la violencia se utiliza en nombre de la cultura, la admito. Si no, no. Por eso creo que, con todo, los soldados de la conquista del desierto peleaban por una cosa más justa que los indios, que lo hacían por nada. Pero, me pregun-



"Jamás tuve mucho dinero. Si lo tuviera, me sentiría tan incómodo que trataría de librarme de él lo más rápidamente posible."

to, ¿por qué insisten tanto en un tema tan exótico como el de los indios? ¿Ustedes parecen bolivianos!

—Trasladándonos a un tema concomitante, causaron mucho revuelo sus declaraciones con respecto a la situación de los negros en Estados Unidos.

—¡Ah, sí! Son insostenibles esos negros. Fijense que en Estados Unidos un negro puede recorrer cualquier barrio blanco y, en cambio, un blanco jamás puede entrar en un barrio negro.

calamitoso en que se encuentran ahora.

—A usted, por ejemplo, ¿le gustaría tener un par de esclavos en su casa?

—Y, bueno, es como decía Carlyle: "Es mejor tener sirvientes vitalicios, que tener que renovarlos cada dos o tres meses". Además, en Argentina la esclavitud fue mil veces más blanda que en Estados Unidos: los negros se desempeñaban en tareas del servicio doméstico. No trabajaban mucho.

de Palermo que se llamaba *La Voz del Norte*. Y allí podían leerse avisos tales como: "Hoy, reunión chez Lezica", y cosas por el estilo.

—Volviendo a los negros de los Estados Unidos, ¿propone una solución similar a la adoptada aquí respecto al problema del indio?

—Yo no propongo nada. No los malquiere. Y en Estados Unidos, como dijo Paul Groussac, ya es demasiado tarde. Liboria fue una solución genial, pero, como ustedes saben, los negros norteamericanos no quieren retornar a África.

rancia. Supongamos, por ejemplo, que hubiera una guerra de Suiza contra los esquimales. ¡Todo el mundo estaría a favor de los esquimales! Es un problema de sentimentalismo. Fijense el culto al gaucho... la exaltación de Martín Fierro.

—¿No le gusta el Martín Fierro?

—Estéticamente, sí, pero el personaje me parece horrible. Es un criminal sentimental, y yo no creo que los gauchos hayan sido sentimentales.



"Pienso que en la Argentina hay veinte escritores superiores a mí: Bioy Casares, Mujica Lainez, Mallea y Peyrou, entre otros."

—¿A qué se deben los conflictos?

—Al error de haberlos educado, de recordarles que en épocas anteriores han sido esclavos. Yo recuerdo que, siendo niño, mi abuela me contaba que los esclavos que vendía la familia Lavallol en la plaza de Retiro no tenían la menor idea de que a sus padres los habían traído de África. No sabían nada, eran como chicos.

—¿Y eso está bien?

—Era preferible eso al estado

Mi tío me decía muchas veces: "Sos un haragán; sos peor que un esclavo después de las doce". Y eso era porque después del mediodía se iban a dormir la siesta y no hacían más nada. Para colmo, eran muy snobs.

—¿Los negros, snobs?

—Mire, llevaban el mismo apellidado que sus dueños. Había uno, por ejemplo, que se llamaba Acevedo, igual que mi madre. Además, los negros tenían un diario que circulaba en los conventillos

—Otro problema que aflige a los Estados Unidos es la guerra de Vietnam. ¿Usted estuvo de acuerdo con ese conflicto bélico?

—Si sirvió para detener el comunismo, sí. Pero en Estados Unidos nunca pude decir eso: allí todo el mundo estaba en contra de la guerra. Los americanos son muy sentimentales: existe una tendencia generalizada (que se ha propagado en todo el mundo) a apoyar la pobreza, la barbarie y la igno-

NUEVAS INQUISICIONES: SALUD, DINERO Y AMOR

—¿Qué opina de la creciente participación de la mujer en la cosa pública?

—Estoy de acuerdo, ¿por qué no? Varias veces, en la Academia Argentina de Letras, propuse el ingreso de Victoria Ocampo.

—Pero, al mismo tiempo, hizo un comentario público adverso al

ingreso de Luisa Mercedes Levinson.

—No, no fue así. Ocurrió que muchos académicos me objetaron el ingreso de Victoria, porque entonces, decían, iban a entrar todas las mujeres (Silvina Bullrich, Luisa Mercedes Levinson y otras). Lo que yo dije fue que como el voto es individual y como se requiere la mitad más dos de los votos para ganar la elección, "no debemos temer una invasión de Amazonas".

—¿Conoce los postulados de los movimientos feministas?

—Es absurdo diferenciar entre hombres y mujeres. Es decir, podrá ser importante para otros fines, pero a los efectos del trabajo lo mismo dan. George Eliot y Virginia Woolf fueron tan buenas como el mejor de los novelistas varones. Les voy a decir más: he pasado gran parte de mi vida en oficinas —uno de los lugares más tristes que conozco— y he observado que las mujeres trabajan mejor. Porque para ellas el trabajo es una novedad: les dan un escritorio y una máquina de escribir y se sienten bien, resultando así más eficaces.

—Tanto el tema del amor como la presencia de la mujer no son muy frecuentes en sus libros.

—Yo creo que las cosas que se dicen indirectamente tienen más fuerza. Cuando Bernard Shaw dice: "Hay dos formas de la mentira: la mentira y la estadística", tiene mucho más fuerza que si dijera: "Hay dos clases de mentira: el psicoanálisis y la estadística".

—¿Usted asocia el psicoanálisis con la mentira?

—Claro. El psicoanálisis es una ciencia totalmente hipotética. ¿Cómo se puede basar una ciencia en lo que recuerda o deja de recordar una persona? Si ni siquiera se sabe si esa persona tiene o no memoria... No se la puede tomar en serio. Es lo mismo que la astronomía o la sociología, son ciencias hipotéticas.

—¿Podría aclarar un poco eso?

—El psicoanálisis es una ciencia basada en la vanidad de la gente. A todo el mundo le gusta hablar de sí mismo, que lo tomen en serio. Es muy lindo contar los sueños de uno. Yo no conozco a ninguna persona que se haya curado por el psicoanálisis. Al contrario, se vuelven más vanidosos y charlatanes.

—Sin embargo, el psicoanálisis ha tenido su mayor aceptación en los países que usted más admira, como Estados Unidos e Inglaterra.

—¿Y qué tiene que ver? Los ingleses también hicieron mucho mal al mundo. Por ejemplo, lo han llenado de estupideces como el fútbol.

—¿Qué tiene el fútbol de estúpido?

—A mí no me gustan los deportes en que hay ganadores y perdedores. Prefiero el ingenio del ajedrez, por ejemplo, aunque pienso que debería inventarse un deporte en que no haya vencedores ni vencidos.

—¿Qué juego le gusta, además del ajedrez?

—Si no fuera tan miope, me gustaría la riña de gallos. Es un juego totalmente imparcial.

—¿Y en materia de deportes masivos?

—Bueno, la natación, la equitación.

—No, masivos...

—Ninguno. Nunca me gustaron los lugares donde hay mucha gente reunida. Por eso jamás concurrí a los cócteles: me asusta ver a tantas personas juntas.

—¿Qué significa el dinero para usted?

—Nada, a mí no me significa nada. Jamás tuve mucho dinero: la literatura no es muy generosa en ese sentido.

—Y si lo tuviera, ¿qué haría?

—Trataría de librarme de él lo más pronto posible. Me sentiría incómodo. Creo que toda la gente que tiene mucho dinero se siente incómoda. Tal vez, compraría algo en libros, y me compraría una casita en el barrio Sur. Soy un enamorado de los barrios Monserrat y La Concepción, aunque, es curioso, en total Buenos Aires me parece una ciudad horrible.

—¿Qué es lo que no le gusta?

Pocas ciudades son tan feas como Buenos Aires. Y con el Obelisco y las macetas en la calle Florida terminaron de afearla.

—Al comenzar este diálogo, usted dijo que quizás dejaría el país. ¿Adónde iría?

—Mire... con todo, es preferible sufrir en Buenos Aires que sufrir de nostalgia en el extranjero.

—Para terminar, ¿sería desacerchado suponer —de acuerdo con todo lo conversado— que usted hace un culto del individualismo por encima de todo lo que haga a la vida comunitaria o política?

—Claro, yo creo que sólo existen los individuos: todo lo demás, las nacionalidades y las clases sociales son meras comodidades intelectuales.

—Pero usted, por ejemplo, al diferenciar a la Argentina del resto de América latina apeló a un análisis de clases sociales...

—Y, bueno, yo soy muy ilógico. Lo que pasa es que ustedes me toman demasiado en serio. ■